



# CINE latinoamericano

## el espejo invisible

Jorge Sanjinés

Se trata de algo que existe pero no se sabe, en general, donde está. Tal vez una suma de festivales pueda rendir cuentas de su presencia que, al menos aun, relativa sólo a su propio entorno. Desde hace más de treinta años venimos teorizando sobre la urgencia de su conocimiento por parte de nuestros pueblos, pero cada día estos, nuestros pueblos, están más alejados a sí mismos, cada hora más ocupados y pisoteados por la inmundicia mediática gringa. En un momento algunos han pensado que era necesario hacer un cine como el de ellos para reocupar un lugar en el imaginario colectivo latinoamericano que por mucho tiempo fue nuestro. Ingenuidad y estupidez también.

Los norteamericanos viven una sociedad sumamente enferma, profundamente autodestructiva, que está destruyendo a la humanidad entera al mismo tiempo. Los más pesimistas o tal vez los más realistas "cientistas" sociales y muchos asustados científicos están hablando de "civilización en su etapa final". Maurice Strong, que en 1992 fue Secretario de la Cumbre de

la Tierra, cree que este siglo XXI será el último de nuestra civilización y afirma su sospecha en el estado agónico del medio ambiente y en la insensibilidad generalizada. "Tenemos los medios para evitar el deterioro, pero nos falta la voluntad, las motivaciones. Un sistema de valores morales y éticos". Strong sostiene que una civilización como la actual es insostenible. Y lo es en la medida que provoca su propio colapso ambiental. Los polos han comenzado a derretirse a pasos alarmantes, han desaparecido casi todos los batracios de la faz del mundo, miles de otras especies de la fauna y la flora y el clima en el planeta están registrando cambios cada vez más catastróficos. Si en los EEUU viven 2 millones de supermillonarios, el 80% de la humanidad es pobre y hambrienta. La insensatez llega a tal grado que el 90% de la masa del dinero del mundo está en manos de los especuladores, sin servir para otra cosa que aumentar la riqueza de un grupo de delincuentes de cuello blanco.

¿Todo este panorama desolador e inquietante tiene que ver con nuestro



cine latinoamericano? ¿Está ya todo perdido? ¿Será que el infernal desarrollo tecnológico revierta nuestra ausencia en las grandes pantallas del continente y nos permita aparecer en los ordenadores y el Internet? ¿Habrá que resignarse a reemplazar en nuestros sueños definitivamente la pantalla gigante de las salas por el ridículo espacio del monitor? ¿Somos una suerte de dinosaurios que se resisten a desaparecer?

Lo que nos parece aún más grave está relacionado con la evolución o involución de la conducta y de la actitud del espectador frente a la imagen. ¿Cómo será ese nuevo espectador que se está formando ya incapacitado para descubrir en el ritmo interno de una escena o en los significantes míticos, las claves profundas del drama humano que se intenta transmitir? No son ya las obras las que formarán al espectador sino éste el que exigirá un lenguaje apto para su alienación. Y en este punto el drama ya no será no poder reocupar las pantallas perdidas, sino reencontrar las almas extraviadas por el terror tecnomediático desatado por una cultura trivial, inmediatista y pragmática, para la que los valores éticos y morales son obstáculos de marketing.

¿Desde dónde resistir una agresión tan pérfida como estúpida?

Tal vez nos queda aún recursos de esperanza en la fertilidad de las crisis que suelen llevarnos al propio Averno para mirar lo invisible. Tenemos aún intacta parte importante del alma de nuestros pueblos criados en la soltura del afecto, la solidaridad y la ternura. Allí están los mejores recursos de esta Humanidad tan flagelada por la insensatez de los poderosos ignorantes. No deberíamos perdernos de vista a nosotros mismos. Es un tema de identidades salvadas y protegidas con fiereza. Lo nuestro vale y tal vez no funcione en un software pero sí funciona en niveles que las computadoras, por naturaleza, jamás entenderán. Necesitamos, más que nunca, fortalecer el tejido complejo e intrincado que la sabiduría popular de nuestros pueblos ha creado en el arte y en la memoria colectiva que nos ha hecho distintos, que nos ha hecho más humanos hasta en el sabor de una sopa de maní o en la magia de nuestra música. Desde esos infinitos confines miremos esta debacle aterradora, con la entereza y con la fuerza de saber lo que somos y tenemos en el espíritu pródigo de nuestros pueblos, cuyas claves sabemos encontrar los artistas, los cineastas, los escritores, los que podemos llegar a la verdad de las cosas con herramientas más sutiles que las que da la ciencia, la razón o la lógica.

Tal vez la misma "globalización" que ellos han desatado tenga virtudes escondidas y les sea imposible cerrar las puertas, como lo hacen ahora con los circuitos de distribución para nuestro cine, porque ese notabilísimo desarrollo tecnológico, que no es malo en sí mismo, nos podría brindar la oportunidad de llegar a los espectadores del mundo entero. Las pantallas electrónicas seguirán creciendo de dimensión y se proliferarán las salas que transmitan, vía Internet quizás, el cine de todo el mundo. Para entonces y para ahora mismo, es preciso ser nosotros mismos, reinventarnos en nuestra fabulosa diversidad cultural y abrir para todos la posibilidad de la vida que es, en definitiva, lo que este capitalismo autodestructivo niega.